

adquirió tal fama que de él tomaron regla y ejemplo otros cuerpos semejantes. Como necesaria consecuencia, las fortificaciones, abandonando sus antiguas formas, adoptaron otras modernas en un todo: así, en la capital del Piamonte, poco antes de su célebre sitio, el ingeniero Bertola substituyó nuevas defensas á las antiguas construidas por Paciotto, y que contribuyeron á que la ciudad en lo exterior estuviese fortificada por obras muy bajas, á fin de que la mosquetería y la artillería pudieran arasar el campo y los defensores no fueran con facilidad ofendidos por los tiros del enemigo, si quería acercarse á la plaza; así, corriendo ya el año 1715, Schulemburg, general de los Venecianos en Levante, seguro de que, si las fortificaciones antiguas eran suficientes para oponerse á un ataque dirigido segun el método antiguo, no lo eran cuando se tratase de resistir á todos los medios inventados por el arte moderno para conquistar las plazas, se dedicó asiduamente á su reforma; así, veinte años despues, en lugar del reducto de Catinat, fortaleza ya poco importante, Carlos Manuel de Cerdeña plantó aquel baluarte del Piamonte, que se llamó la Brunetta, perpétuo honor del ántes alabado Bertola y antemural de la Italia hasta los tiempos de Napoleón. »

El mérito de Vauban no consiste tanto en las invenciones particulares como en la sagacidad con que supo asociar el arte de la fortificación con la estrategia. « Fué el primero (dice Carnot) que vió las cosas en gran escala; buscó las relaciones de las plazas de guerra entre sí, y de la fortificación con las otras partes del arte militar, y hasta con la administracion política, de modo que lo empequeñece el que no ve en sus trabajos mas que orejones, flancos redondeados, torres con baluartes. »

Se ha censurado mas de una vez su inclinacion á multiplicar las plazas fuertes, establecimientos á menudo de grave embarazo por las muchas tropas que necesitan para su defensa; pero en esto no hacía sino obedecer á Luis XIV, el cual hubiera querido cubrir de ellas toda la frontera. Lo que importa es saber si Vauban puso ó no las fortificaciones en la mejor relacion con la estrategia de su tiempo; y en este punto no parece haber duda, como tampoco en los principios generales de que parte, y son « que las fortificaciones, en último análisis, se hallan destinadas únicamente á disminuir el consumo de los hombres; que siempre que no consigan este objeto, son superfluas; que se convierten en perniciosas para el Estado si se multiplican de un modo excesivo, y llegan hasta producir el efecto contrario. »

Merece el elogio de que la conservacion de los hombres y de los establecimientos fué uno de sus principales fines, ya en los planos generales, ya en todo lo que ideó para el ataque ó la defensa de las plazas, avaro siempre de la sangre de los soldados. « No conviene (decia) hacer descubiertamente ni por fuerza, lo que puede

conseguirse empleando hábiles manejos. La precipitacion no acelera la toma de las plazas; la retarda con frecuencia, y ensangrienta siempre la escena. »

Así, contra la feroz costumbre de su época, habia introducido el respetar lo mas posible los edificios civiles y las personas que habitaban en ellos. Tal es el espíritu que reina en su *Tratado del ataque y la defensa de las plazas*, obra que resume en gran parte sus creaciones. « Habiendo nacido para ejercer un arte destructor (dice Carnot), su mayor cuidado, su deseo mas ardiente fué la conservacion de los hombres. Todas sus ideas y máximas estaban, puede decirse, impregnadas de este espíritu de bondad y de humanidad que formaba su carácter; no cesaba de recomendar la moderacion; no podia soportar que se destruyesen los edificios y que se tirase á las casas de las ciudades sitiadas. Hablaba con complacencia de las plazas de armas ideadas por él, pues que contribuyen mas que á otra cosa á proteger las tropas, sustrayéndolas de la vista del enemigo; se empeñaba en buscar, como decia, *las vias ménos sangrientas*; por todo lo cual le adoraron los soldados, y le obedecieron siempre con aquel entusiasmo que inspiran la confianza y el buen éxito. »

§ 53. DIFERENCIAS ENTRE LOS ANTIGUOS Y LOS MODERNOS.

Antes de entrar en el período nuevo de la historia militar, echemos una ojeada atras para comparar los órdenes antiguos con los modernos. Bajo la palabra antiguos, entiendo griegos ó romanos; pues como dice muy bien Maquiavelo, no existe ciencia militar donde no haya un sistema de desplegar las fuerzas á propósito y con medida, porque « cuando el valor está ordenado, usa su furor con los modos y con los tiempos; ninguna dificultad le acobarda, ni le despoja del ánimo y del furor, alimentados por la esperanza de vencer, que no decae mientras los órdenes se mantengan firmes. » Ahora bien, sabemos tan poco de los pueblos civilizados, como egipcios, hebreos, etruscos, que no nos es posible formar idea positiva de su estado militar. Los Persas llevaban consigo innumerable gente, pero no se nos ha dicho cómo la mantenian y regularizaban; ántes bien parece no habia entre ellos uniformidad de vestidos ni de armas, eleccion de personas, armonía de órdenes, formando solo enormes masas, que obraban con el peso, no con la inteligencia, y desprovistas de aquellas reglas ciertas sin las cuales no puede la guerra elevarse al grado de ciencia. En cuanto á los Escitas, Galos, Germanos y otros Bárbaros que se arrojaron sucesivamente sobre los países civilizados, en ellos se encontraba el furor, no el orden, para valernos de las palabras de Maquiavelo; y si su condicion social los disponia mejor para las batallas, no se guiaban sin embargo por reglas positivas.

Esta enorme distancia en los grados de civilizacion entre los pueblos beligerantes, constituye una de las mas señaladas diferencias entre la guerra de los antiguos y los modernos, pues entre nosotros las vicisitudes de la edad média, y luego las comunicaciones por medio de los caminos y de los libros, han sido causa de que las naciones se parezcan unas á otras, y de que sus armas sean casi las mismas. Por cuya razon no ha habido mas remedio que reducir la guerra á reglas científicas, y de tal modo que los descubrimientos de un pueblo y sus mejoras en breve sean comunes á todos.

Los ejércitos antiguos eran ménos numerosos que los nuestros. Esparta no los tenia de mas de cuatro ó cinco mil hombres; los de Atenas no pasaban de trece mil de armadura pesada: en el gran peligro de la invasion de los Médos mostraron algun esfuerzo mayor; pero la victoria mas señalada de los Atenenses fué alcanzada con diez mil combatientes en Maraton. No parece que en Platea pasasen de treinta y ocho mil combatientes de infantería estable. Epaminondas aseguró con seis mil la libertad de su patria. ¿Qué era el ejército de Alejandro comparado con el que Napoleón llevó á invadir la Rusia? Treinta y ocho mil hombres le dieron la victoria en el Gránico.

En los mejores tiempos Roma no acampaba sino pequeños ejércitos de veinte mil hombres; en los mayores apuros se reunian los de los dos cónsules, llegando entónces su número á cuarenta mil; y se cuenta como muy raro el caso cuando, para librarse de Anibal, le opusieron en Cánna ochenta mil combatientes. Al contrario, los historiadores romanos se complacen siempre en mostrar cuán inferiores eran en número á los enemigos que vencian. Hoy, aceptar la batalla en tales circunstancias, sería imprudencia imperdonable; al paso que la disciplina y el valor daban entónces una superioridad decisiva.

Ademas, los ejércitos tenian ménos necesidades, á causa de la eleccion de los hombres y de la educacion que recibian. Puede decirse que desde la cuna el hombre era educado para las armas; y como este era un privilegio de las personas libres, los soldados no se parecian á esa multitud, sacada á la suerte, por el dinero ó por la fuerza, y las mas de las veces entre la ínfima clase, de que están compuestos los ejércitos modernos. Así, la disciplina y la fuerza moral de los ejércitos antiguos nos causan tal admiracion, que nos sentimos inclinados casi á creerlos una clase de hombres mas perfectos, pues no se fundaban solo en métodos mecánicos, sino que procedian de la inteligencia y libertad humanas; el soldado no se contentaba con la obediencia pasiva, sino que ejercia una mas elevada y espontánea, y de consiguiente mas fecunda en efectos grandiosos. Hoy el individuo vale muy poco, y la mayor importancia está en el general; de modo que la inteligencia prevalece sobre la fuerza física, y

por lo tanto la gloria militar pierde su atractivo, ofreciendo un campo estrecho en que mostrar vigor de cuerpo y de ánimo.

Los ejércitos se disponian en orden profundo, y se movian con mayor facilidad, atendido el escaso material de que necesitaban, no empleando armas que, como las nuestras, requiriesen un continuo y abundante consumo de municiones de guerra. El general se encontraba mas libre en la direccion de masas dispuestas con mayor movilidad y en espacio limitado; mientras que hoy el orden profundo es imposible por los destrozos que causarían en él las armas de fuego; así, pues, desplegándose en un frente vastísimo, se disminuye la movilidad, y crece la dificultad del mando por lo mas extenso del espacio y por la necesidad de tener dos órdenes, uno para el ataque y otro para la defensa. De donde se sigue que el general trabaja en el gabinete, no en el campo, donde no le sería fácil cambiar los órdenes, y se ve obligado á fiar gran parte de la ejecucion á sus lugartenientes.

La índole de la guerra antigua hacía que valiesen poco los conocimientos topográficos y geográficos, y en consecuencia el trabajo de escritorio y los cuerpos científicos. Era, pues, secundario para el general antiguo aquel conocimiento de los lugares, que para el moderno es de primera importancia. Obrando con un orden fuerte por sí mismo, el primero lo tenia todo á la vista, y bastaba que fuera buen táctico; al paso que el segundo debe dirigir sus tropas en terrenos que no ve.

« En los ejércitos antiguos (dice Napoleón) el general en jefe, á 80 ó 100 toesas del enemigo no corria ningun riesgo, y sin embargo estaba colocado convenientemente para dirigir bien los movimientos del ejército. En los modernos el general, situado á 400 ó 500 toesas, se encuentra expuesto al fuego de las baterías enemigas, y la distancia es tan larga que muchos movimientos del enemigo se le escapan; no hay accion en que no tenga que ponerse al alcance de las armas pequeñas. Las armas modernas producen tanto mas efecto cuanto mejor colocadas estén; una batería de cañones que dispere contra el enemigo se le escapan; puede decidir de una victoria. Los campamentos modernos son mas extensos, y de aquí la necesidad de estudiar un terreno mayor. Mucho mas ingenio militar y experiencia se requieren para dirigir un ejército moderno que uno antiguo (1). »

La caballería y las máquinas desempeñaban en lo antiguo un papel secundario, y en la batalla de Maraton los Atenenses no usaron ni caballos ni arqueros. La caballería antigua, sin estribos ni arzones, no podía ser tan segura como la moderna, y para montarse y desmontarse, debia haber mas espacio y perder mas tiempo. Pero en cambio no tenia que temer

(1) *Mém. de Sainte-Hélène*

mas que las flechas, podía situarse muy cerca de la pelea, y apenas derrotada la infantería ir en su persecucion y ser de consiguiente mortífera, al paso que hoy, obligada por la artillería á permanecer mas distante, deja tiempo á los fugitivos para rehacerse. Dispuesta en orden profundo, no caía nunca sobre la infantería enemiga, sino cuando reinaba el desorden en las filas de esta, mientras que hoy ataca á los soldados de á pié, principalmente si es apoyada por la artillería volante. Las máquinas contribuyen á que los movimientos sean mucho mas complicados, y exigiendo tanto material que consumir, aumentan las dificultades de todas las operaciones. Además, como las armas auxiliares eran inferiores, resultaba que entre los antiguos la defensa era superior al ataque.

Hoy que las batallas se deciden por medio de las armas de fuego, el soldado está casi reducido á sufrir y permanecer firme, resignándose con un peligro que no le es dado evitar, en vez de que antiguamente se atacaba cuerpo á cuerpo, y se exigía ímpetu y fuerza individual; por lo mismo que el valor personal desviaba el peligro y daba la victoria. Así el arma propia del hombre, como la mas á propósito para mostrar valor, era la espada; por eso Lucano cantaba:

*Ensis habet vires, et gens quæcumque virorum est
Bella gerit gladiis.*

Sin embargo, tan superiores como los antiguos eran en cuanto á los hombres de que se componian sus ejércitos, otro tanto se quedaban atras en bondad de armas, no solo por el uso de la pólvora, sino por la aplicacion de las ciencias exactas y naturales, cuyo progreso ha sido tan grande. ¿Qué tiempo hace que los Chinos emplean los cañones? ¿No adoptaron el fusil algunas naciones salvajes? Y sin embargo, esto no bastó para que el arte de la guerra adelantase entre ellos. Pero entre nosotros sirven al guerrero los conocimientos geodésicos, geográficos, astronómicos; en el campo de batalla se conoce toda adquisicion de civilizacion y de doctrina.

Poco fundados iban, pues, los que á fines del siglo pasado alegaban aun los órdenes antiguos como ejemplo de los nuevos, como si no hubiera cambiado esencialmente el método desde que las batallas se decidían por los honderos. Y aun en estos no puede haber comparacion entre la rapidez y precision de los tiros de fusil y el tremendo efecto del cañon, y la débil proyeccion de un arco; entre los soldados ligeros de la antigüedad que combatian diseminados y móviles, y los soldados modernos que combaten firmes y unidos en hileras y líneas.

Para los antiguos el objeto del estudio militar era la batalla, atendido que sobresalian principalmente en la táctica; para los modernos la estrategia, pues á veces deciden la campaña antes de darse la batalla, y de todos modos esto es efecto de combinaciones y marchas lejanas,

y se considera vencedor al general que logra hacer perder su base al enemigo, de modo que, ó deba entrar en batalla para recuperarla, ó declararse vencido. Pero la base de los Romanos eran los campamentos, en los cuales se encontraban continuamente, y por eso era imposible hacérsela perder. Sirviendo el valor personal mas que las máquinas, no era tan grande la importancia del dinero, y frecuentemente las naciones pobres prevalecian sobre las ricas; hoy la riqueza es elemento necesario de la victoria, no ménos que la instruccion, de donde resulta que un pueblo bárbaro no puede ya prevalecer.

Las marchas no podían ser rápidas como entre nosotros, pues el soldado llevaba armas defensivas, por lo cual iban sin ellas los que necesitaban andar mas ligeros. Pero el pequeño teatro de las guerras y el corto alcance de sus armas hacían ménos necesarias las marchas rápidas. Se alaba á los Romanos, porque, con tanto peso encima, audaban mas de veinte millas en cinco horas, y en seguida estaban en disposicion de atacar como tropas de refresco al enemigo; mas ¿lo creará el que conoce adónde llegan las fuerzas de un hombre?

Sin embargo, no es cierto que los Romanos se fiaran solo en el valor personal, y no conocieran la estrategia. ¿Quién ignora lo mucho que se esforzaban en superar obstáculos hasta el punto de acostumar á ellos á los soldados? ¿Y los grandes caminos, extraños sin duda al comercio, no eran construidos por soldados, y para que los soldados se trasladasen mas rápidamente de un país á otro? Sus campamentos en las fronteras ó en el seno de las provincias conquistadas atestiguan que sabían elegir los que hoy se denominan puntos estratégicos.

Después de la invencion de la pólvora, las armas defensivas cayeron en desuso, y creció la importancia del número, para obtener la cual é impedir á los enemigos reunirse, se necesitó ante todo marchar rápidamente. Pero esto no fué posible hasta hallar el medio de aligerar los piezas de artillería.

En la falange y la legion se colocaba siempre delante á los mas valientes, y por eso las evoluciones no podían ejecutarse sino de modo que siempre quedasen al frente los mismos. Hoy, al contrario, con el uso de los fusiles, cuya importancia nace de causas extrínsecas al hombre, la última línea no es inferior á la primera, y así la declinacion de media vuelta á la derecha basta para hacer una conversion. En los campamentos se aglomeraba el mayor número posible de personas, lo cual hoy equivaldría á exponerlas al degüello, y se necesita acampar en sitios muy espaciosos. Esto contribuye también á que las sorpresas sean difícilísimas.

Se ha dicho que los Romanos vencieron al mundo con movimientos de tierra, y es sabido cuánto cuidaron en tiempo de Julio César de rodear de terraplenes sus campamentos, encan-

trándose aun vestigio de estos en algunas partes. Mucho caso se hizo de ellos tambien en las guerras de Luis XIV y hasta en la de los Siete Años; en la cual, habiéndose comprendido que el arte consiste en la celeridad, se vió que era inútil y dañoso emplear tanto tiempo en fortificar una posicion, que el enemigo, maniobrando sobre los flancos, obligaría pronto á abandonar para correr á defender los almacenes y las fortificaciones. En las últimas guerras se vieron, no obstante, los reductos de los Austríacos en Caldiero y los de los Rusos en Moscow; los de los Franceses en la isla de Lobau y delante de Dresde eran mas bien cabezas de puentes, y atendían mas á la ofensa que á la defensa.

La concentracion moderna hace mas fáciles las conquistas; la batalla de Marengo dió la Lombardía á Napoleon, al paso que Anibal, vencedor en tantas batallas, quedó vencido.

Estas reflexiones pudieran ayudarnos á explicar los grandiosos hechos de la civilizacion. La superioridad de los ejércitos griegos permitió rechazar la invasion de las Persas, conservándose de este modo el centro de la cultura, de la filosofía y de las bellas artes, mientras que las conquistas de Alejandro Magno, debidas al mismo instrumento, obraron de una manera insigne en la difusion y el aumento de la civilizacion. Pero aquellos órdenes estaban fundados en la bondad de los hombres; así, cuando estos degeneraron, el poder griego vino á tierra: hoy, por el contrario, vemos naciones envilecidas dar poderosísimos ejércitos.

Roma se elevó entonces, fuerte con sus virtudes republicanas; pero cuando estas fueron reemplazadas por los vicios de una civilizacion corrompida, los ejércitos perecieron, á pesar de que los órdenes seguían siendo buenos. Hemos dicho que el lado mejor de las armas romanas era la oportunidad de la defensa; mas entonces los hombres no se encontraron ya en caso de llevar las corazas, los pesados yelmos, ni los grandes escudos, de manera que se fueron despojando de todo esto, y á la par depositaron la confianza. Fué, pues, preciso cambiar los órdenes, perder la movilidad y consistencia, y triunfaron los Bárbaros, que hubieran sucumbido ante los métodos científicos y las armas perfeccionadas (1).

(1) L. BLANCH y A. ZAMBELLI, ya citados.

El extravagante filósofo Francisco Patrie publicó un libro titulado: *Paralleli militari, ne quali si fa paragone delle milizie antiche colle moderne, opera esaudito politica* (1894), pero los muchos errores que cometió le atrajeron las burlas de Buseca. Sostenía que ningun orden de guerra podía aventajar á los de los Romanos; proposicion que quiso demostrar en otra obra con el título de *Milizia romana di Polibio, Tito Livio e Dionigi d'Alicarnasso, la quale bene intesa, non solo darà altrui stupore de' suoi buoni ordini e disciplina, ma ancora in paragone farà chiaro quanto la moderna sia difettosa ed imperfetta* (1888). Las nuevas armas no son suficiente argumento para disuadirle de que los órdenes antiguos basten á la táctica moderna.

DANIEL, en el libro XII de la *Histoire de la milice française*, hace una *Comparaison de l'art militaire d'autrefois et de l'ancienne milice avec l'art militaire et la milice de notre temps*.

En la antigüedad los soldados eran ciudadanos; al oír el llamamiento de la patria, tomaban las armas; concluida la guerra las soltaban, volviendo á los oficios civiles, y por eso el cónsul era primer magistrado durante la paz y general en la guerra; el dictador arreglaba las discordias civiles y combatía á los enemigos exteriores. En la edad média solo era guerrera la nobleza; pero en torno de aquellos hombres, cubiertos de hierro como tambien los caballos, se reunía una turba de gente de á pié, que no se valuaba sino por cabezas, debiendo cada noble conducir un número dado al servicio del rey ó del jefe, y por un tiempo fijo. De aquí resultaban mil guerras parciales y pocas generales, y estas eternas, porque la breve duracion del servicio, la incompleta obediencia, y la imposible disciplina, impedían todo esfuerzo robusto y decisivo: se combatía siempre, porque no había combatientes.

Poco á poco los reyes (hemos visto de qué manera) se apropiaron este importante instrumento de reinar, y crearon ejércitos permanentes, con lo cual deprimieron la nobleza, fortalecieron la monarquía, y asegurando la libertad política exterior de las naciones, amenazaron la libertad civil interior. Todo cambió entonces de aspecto: el Estado hubo de destinar gruesas sumas al sostenimiento de la milicia, aunque la paga del soldado no llegase á la del mas ínfimo operario, señalándole solo lo preciso para que no muriese de hambre; de consiguiente, las contribuciones fueron mas gravosas y tan ilimitadas como el número de los soldados que las hacía necesarias y posibles; los oficiales se convirtieron en instrumentos armados contra la nacion, y ellos y los soldados cesaron de considerarse ciudadanos del Estado, limitándose á ser ministros del príncipe y esclavos de su omnimoda voluntad.

La invencion de la pólvora aumentó los gastos de la guerra, exigiendo preparativos, arsenales, almacenes, armerías; la infantería adquirió predominio, porque ofrecía menor superficie á los tiros, y podía comprarse por los reyes mas fácilmente y disciplinarse con ménos gasto. Pero se necesitó de un continuo ejercicio y así la paz no alivió á las naciones, obligadas á permanecer sobre las armas una enfrente de la otra, y á emplear en esto los tesoros del Estado; ya no se fué á buscar Suizos y Borgoñones, sino que cada nacion quiso tener ejércitos propios; algun ambicioso los aumentó mas de lo que permitía la proporcion de su país, y los demas príncipes, en vez de unirse para obligarle á desarmarse, aumentaron tambien sus ejércitos.

La multiplicidad y la perpetuacion de los soldados fueron causa de que se formase una gente ociosa y por lo tanto llena de vicios; el celibato obligatorio en lo mejor de la edad produjo desórdenes. Los Romanos los empleaban en allanar grandes caminos, desecar lagos, horadar montañas; sin embargo, los inconvenientes

de hacer trabajar á los soldados modernos son tantos que no se ha podido superarlos, y disponer que ayudasen á la sociedad y reparasen en parte los males que están en la obligación de causarle con las armas. Esta es hoy una de las plagas mas sangrientas de la Europa, cargada de deudas, y precisada, no obstante, á contraer otras nuevas para llenar tan vasta vorágine, cuyo remedio está aun lejano.

El triunfo de nuestras armas de fuego sobre las de los antiguos consiste en poner límites á la victoria, y proporcionar los medios de renovar el combate. Entre los antiguos, las tropas, una vez desordenadas, no podían volverse á reunir, y la retirada puede asegurarse que no se conocía; el éxito de una batalla era la victoria ó una completa derrota (1).

En la batalla de Farsalia (dice Napoleon), César perdió doscientos hombres, en la de Tapso cincuenta, en la de Munda mil, mientras que sus enemigos perdieron ejércitos enteros. Esta gran desproporción de pérdidas en batallas tan disputadas entre el vencedor y el vencido, no es posible en los tiempos modernos, porque las tropas combaten con armas de tiro, y el cañon y el fusil vomitan igualmente la muerte de ambas partes, en tanto que los antiguos combatían al arma blanca hasta obtener la victoria, y acaecían pocas muertes, también por razon de las armas defensivas, pues los escudos resguardaban frecuentemente de los golpes, y solo en el momento de la derrota eran entrados á degüello los vencidos; en una palabra, venía á ser una multitud de duelos en que el vencido, emprendiendo la fuga, recibía en la espalda el golpe mortal.

Sobre la opinion de que las guerras antiguas eran mas mortíferas que las modernas, Napoleon dice que los ejércitos modernos combaten, siempre que pueden, con los cañones y la mosquetería desde lejos, y la vanguardia y los puestos avanzados cambian entre sí algunos tiros de fusil, y dejan á menudo hasta quinientos ó seiscientos hombres en el campo por ambas partes; entre los antiguos, al contrario, siendo los conflictos ménos frecuentes, eran ménos mortíferos. En las batallas modernas las pérdidas recíprocas, que entre muertos y heridos son casi iguales, exceden con mucho á las que experimentaban los antiguos en sus batallas, en que todas las pérdidas pesaban sobre el ejército derrotado.

Pero, aunque se niegue que las batallas antiguas fuesen mas mortíferas, nadie dudará de que son ménos sangrientas las guerras modernas. Las armas de fuego han hecho difícilísimos os desembarcos, imposibilitando de este modo una operacion de tal importancia en la estrategia de los antiguos. Las guerras estratégicas aminoran los estragos, pues hacen que se decida la batalla aun antes del ataque. Han dismi-

(1) MAUVILLON, *Essai sur l'influence de la poudre à canon dans la guerre moderne*. Leipsick, 1788.

nuido en gran manera los sitios, y ya no sería posible su fabulosa duracion de otros tiempos. En los combates navales, no son tan comunes los abordajes, verdadero desafío á degüello de hombre á hombre. Á esto último se reducian en suma los antiguas batallas, luchas individuales, que engendraban el rencor, hacian mas cruel el estrago, y de consiguiente empeoraban el corazon. Cabalmente en su parte moral, aun mas que en la material, se advierte la diferencia entre la guerra antigua y la moderna: aquella era personal, esta es nacional; en la primera se debía mirar á cada hombre como un enemigo, el prisionero se degollaba, se sacrificaba á los dioses; en la segunda queda en rehenes y es un objeto de cambio. ¿Qué serie de padecimientos, qué desprecio hacia el hombre revela el solo hecho de no haber hospitales en el campo! Hoy tenemos reglas mas exactas para las treguas, los armisticios, las capitulaciones, y aunque es de deplorar ese brutal ejercicio de la fuerza entre los pueblos, no cabe duda de que actualmente se respetan mas la independencia nacional y la dignidad humana.

§. 54. EL ARTE EN 1600. — GUERRAS DINÁSTICAS.

Los Suizos, los Españoles, los Alemanes y los Franceses, á quienes hemos visto (§ 44) renovar la disciplina y el arte militar, se mezclaron en guerras, y si antes no se combatía mas que entre pueblos limitrofes, ahora corrieron en busca de enemigos y conquistas lejanas; las naciones envueltas en sus contiendas hubieron de imitar sus ordenanzas militares. No tardaron en nacer las guerras religiosas, que durante un siglo empeñaron á la Europa en continuos combates, y se perfeccionó el arte de las armas, de los campamentos, de los asedios, de las fortificaciones. En aquel período son escasos los escritores; pero abundan capitanes de alta inteligencia, y que emplearon á menudo los métodos de la estrategia, y al duque de Alba, Espínola, Alejandro Farnesio, Enrique IV, Coligny, Nassau, Waldstein, Tilly, Bernardo de Weimar, Savelli, Piccolomini, Irolani, Veterani, Montecuccoli, Gustavo Adolfo, Banner, Forstedon y Turena pertenecen con diversas gradaciones las cualidades de grandes capitanes. Enrique IV nació aptísimo para la guerra, y sin embargo nada hizo decisivo en organizacion militar, por los obstáculos de que se vió rodeado, entre las pretensiones antiguas de nacimiento y las modernas de partido.

La Holanda y la Suecia hicieron dar al arte pasos gigantescos. Baste indicar las operaciones del duque de Parma para socorrer á Paris y á Ruan sitiadas por Enrique IV, y los movimientos opuestos por este; la campaña del duque de Alba para apoderarse de Portugal, que terminó con la batalla de Alcántara. Las de Gustavo Adolfo en Alemania están mezcladas de preca-

ciones y de atrevimiento, de marchas rápidas y de posiciones bien tomadas, y los movimientos no se ven hechos sino despues de haber asegurado una base en la Pomerania. Mauricio de Nassau, reuniendo la experiencia de los precedentes, consiguió el título de regenerador del arte militar, y además de aprovecharse de las invenciones ajenas, también él inventó é introdujo muchas novedades en el ataque y la defensa. Conoció que las cortinas de las plazas antiguas eran demasiado extendidas y que no eran suficientes las torres para la nueva artillería. Por lo cual redujo las primeras, y convirtió las segundas en baluartes que defendieran por el flanco. Se dejó la costumbre de construir los parapetos con piedra dura, que una vez destrizada por la artillería aumentara el furor de la metralla; y quitadas las almenas, abajadas las murallas, quedara la escarpa enterrada en un profundo foso, y la persona cubierta con pisos de tierra. Por la parte de afuera en la línea magistral de las fortalezas se pusieron trincheras de la misma altura que las murallas, interiores, con vastísimas explanadas en forma de declive. Se añadieron circunvalaciones, escarpas, contraescarpas y pendientes que no dejaban acercar á la artillería enemiga, y rebeldes ó fuertes separados antes de las puertas. También el sitiador mudó entonces sus medios, y en lugar de una galería elevada, hizo excavaciones, cuyo pequeño foso, que miraba á la ciudad, les procuró un retiro á ellos y á la artillería. Despues se fué aproximando por senderos sinuosos, para poder atacar por la derecha y la izquierda los trabajos del sitiado, y abrió trincheras por todas partes para hacer mas fácil el asalto de la infantería, y pasó por alto el trabajo de las minas.

Mauricio tuvo la dicha de guiar, no un ejército conquistador, sino un pueblo aunado para defender su independencia. Por esto mismo debía indagar todos los medios de acelerar y asegurar mas el buen éxito de la guerra, de modo que fué la escuela á que acudieron ó á ejercitar el valor ya experimentado aquellos que no podían emplearlo en beneficio de la patria, como los Italianos, ó á instruirse los que sentían la necesidad que tenía la Europa de un sistema determinado y regular. Allí se introdujeron los ejercicios cotidianos de las tropas; allí los abatecimientos fueron objeto de especial atencion y se regularizaron; allí se imaginaron las obras exteriores de las fortalezas y los caminos cubiertos; allí se aprendió á fortificar los campamentos, sin que Mauricio, no obstante, llegase á sustituir á las grandes masas entonces en uso, esto es, de diez filas, otras con unidad, táctica, divisibles y flexibles, ni á dar un sistema militar algo estable.

Gustavo Adolfo de Suecia hizo, en cuanto á los pormenores, mas que Mauricio; sirvió á la Alemania con introducir la disciplina en su ejército, del cual exigía obediencia, templanza, trabajo. Al orden moral unia el material; su

campamento era semejante á una ciudad regularizada, bien defendida; la caballería rodeaba sus cuarteles; la infantería estaba siempre dispuesta de manera que no podía obligársela á combatir; no olvidaba cosa alguna, por pequeña que fuese, capaz de contribuir á sus triunfos directa ó indirectamente; no concedía los puestos sino por escala ó mérito, de modo que el oficial había estado sometido á la disciplina antes de exigirla de los soldados.

Así, á los capitanes aventureros, raitres y sacanetes, desolacion de la Europa hacia un siglo, sucedían ejércitos regulares. Aumentó la proporcion de las armas de fuego, y en consecuencia disminuyó las filas; dió á la infantería los mosquetes, aligerándolos, y abandonó la horca de hierro; quitó la coraza á los lanceros, no dejando de las armas antiguas mas que la celada. Mientras que los Alemanes tenían lanzas de veinte piés, Gustavo, utilizando la ordenanza, creyó poderlas reducir á once. Introdujo también el vestido uniforme, pues dió á cada soldado de á pié una especie de casaca forrada de piel de carnero, contra el frio; además los regimientos tenían colores distintivos y casacas semejantes; y en su ejército aparece como nunca la existencia de un elemento táctico de forma y dimensiones invariables. La caballería sueca formaba cuerpos de tres ó cuatro escuadrones de á sesenta y cuatro caballos, sobre cuatro y luego sobre tres de fondo; por lo regular llenaban los intervalos de estos cuerpos compañías de infantería. Prefirió el orden de Mario, y estableció una reserva para cada una de las dos líneas. Su poca gente de á pié, que constaba de dos mil y diez y seis combatientes, formaba una division de ochocientos sesenta y cuatro lanceros y mil ciento cincuenta y dos mosqueteros. Los regimientos eran de ocho compañías de á ciento veintiseis hombres; las lanzas y los mosquetes estaban mezclados en la proporcion de tres á cuatro, y en general las subdivisiones eran múltiples del seis, comprendidas entre el noventa y seis y el doscientos ochenta y ocho. Varió con frecuencia, como todo innovador, conservando sin embargo la intencion de su ordenanza.

Antes de Gustavo, nadie había comprendido la necesidad de elegir y conservar las bases y las líneas de las operaciones, según la índole de las armas de fuego, que se requieren constantemente municiones nuevas; si bien es verdad que tenía un ejército muy sumiso, como compuesto de gente que acababa de salir de la servidumbre y exenta de pretensiones.

Pero hasta entonces la batalla no era el grande objeto de las operaciones estratégicas; el acaso ó un hecho secundario la producía á menudo, y su éxito se abandonaba á la eventualidad. Las marchas se ejecutaban aun en los tres cuerpos de vanguardia, batalla y retaguardia, salvo donde lo impedía la naturaleza de los terrenos, como sucedió en la Valtellina al príncipe de Rohan; solo los Suizos usaban las mar-